—Antonio.

—Señora condesa.

—¿Dónde vais?

—A Souvilly.

—Tenía intención de ir también, pero he cambiado de idea. ¿Podríais hacerme un favor?

—Con mucho gusto, señora condesa.

—Se trata de llevar estas tres cartas, dos á la Sobajere.

—Bien lo haré.

—Pero en seguida...

—Sí, sí, señora.

—La tercera es para mi padre...

Teresa le dió dos luises.

El pobre hombre murmuró:

—Es mucho... es mucho.

—No, quiero dároslo, señor Antonio.

—Antes de diez minutos estaré en casa del señor Redon -dijo.

En seguida se puso en camino.

¡Diez minutos!

La condesa hizo tomar á su caballo un trote largo.

No queria que la sorprendiera.

Pero en seguida pensó que no podian llegar á la Roca antes que ella y moderó la marcha de su cabalgadura.

Con lentitud siguió el sendero que sube hacia la colina nefasta, y poco después se detuvo cerca de la cima.

Ató su caballo al tronco de un árbol, y dos minutos después, abriéndose paso á través de la maleza, llegó á la plataforma de rocas graníticas, punto desde el cual se domina todo el valle. Habia llegado.

XVIII

¡El golpe terrible!

Al recibir la carta de la Sabojere, el barón Panel no habia titubeado un momento, acudiendo en seguida al llamamiento.

Habia tomado el tren.

Tenia grandes deseos de ver á su amiga y discípula.

Además, para decirlo todo, queria llegar cuanto antes á la Nievre, previendo alguna siniestra aventura.

Conocia el indomable carácter de su socio, Juan Redon, y temia las consecuencias.

Juana tenia razón.

Sí, él tenia cierto imperio sobre su compañero de trabajos, sobre aquel aldeano enérgico, porque Juan Redon, á pesar de la educación que habia recibido, seguia siendo aldeano; el barón se lo perdonaba todo, porque sabia que habia debido sufrir mucho.

Llevaba intención de hacerlo valer.

No podía por menos de compadecerse de aquella madre, culpable sin duda alguna, pero que habia sido cruelmente castigada.

No podía borrar de su mente el recuerdo de aquel desconsolado rostro que habia visto el dia de su marcha asomado á una ventana del hotel de Busey.

Comprendía el por qué de su desconsolada expresión.

Se le habia aparecido la estatua del dolor,

sublime de belleza, como ningún artista hubiese podido hacerla.

El trayecto se le hizo interminable.

Creyó que el viaje de Cotentin á París y de París á la Nievre no terminaría nunca.

Como todo en este mundo, tuvo su término.

Hacía poco tiempo que el barón se hallaba en la Sobajere, donde su socio le habia recibido con los brazos abiertos.

¡Quién sabe! Juan Redon quizá esperase de la presencia del barón algún efecto feliz.

Habia apreciado durante tanto tiempo la fria tranquilidad, la firmeza, el talento, la persuasión, la tenaz voluntad que tenía para todas las empresas, que no podía por menos de tener confianza en él.

Juana habia salido al encuentro de su amigo

Por vez primera desde la escena de la Roca, el doctor Rebul, ya tranquilizado por los efectos de la sacudida que la pobre habia recibido, la habia permitido que continuara haciendo la vida ordinaria.

Hasta entonces habia permanecido encerrada en su cuarto, siguiendo fielmente la prescripción del médico. Por otra parte, ¿qué hubiese podido hacer?

Quería ante todo, antes de tomar un partido, en medio de las circunstancias tan penosas y tan delicadas para ella, consultar á su profesor, á su consejero, al hombre al cual concedía algo más que su confianza.

Le esperaba con impaciencia.

Comprendía lo mucho que su madre debía sufrir, y tenía grandes deseos de curar con

sus propias manos la profunda herida que su padre la había causado.

Próximamente una hora después de la llegada del barón Panel á la Sobajere, la joven se cogió á su brazo y le condujo á un bosquecillo del parque; y cuando se halló á solas con él estalló en sollozos, murmurando en una crisis de dolor:

—¡Oh, barón! ¡Querido amigo!

—¿Qué ocurre?

—¡Cosas horribles!

—Pero...

Sus lágrimas la ahogaban.

El barón, cogiéndola por un brazo, y haciéndola mil paternales caricias logró calmarla, no sin que tuviese que emplear bastante tiempo en conseguirlo.

—Vamos á ver, cuéntamelo todo.

En seguida le refirió todo cuanto había ocurrido, desde su llegada á la Sobajere.

El barón la escuchaba con las cejas fruncidas, con el corazón oprimido por un temor que se hacía cada vez más intenso, á medida que iba comprendiendo la ferocidad de los golpes asestados á la condesa de Busey por la despiadada venganza de su marido.

Cuando terminó, Juana le miró con los ojos bañados en lágrimas, preguntándole:

—¿Qué decís?

El barón permaneció silencioso.

¡Qué decir!... ¡Qué resolver, en efecto!

Entre aquel padre irritado y aquella madre desconsolada, ¿qué partido tomar?

Y, sin embargo, la situación aquella no podía prolongarse.

Después de todo, si Juan Redon tenia los derechos de padre, la condesa tenia los de madre, que quizás son más sagrados.

De repente salió de su mutismo, y dijo:

—Esto es intolerable... Le veré... Le hablaré...

Juana estrechó con más fuerza el brazo de su amigo.

—Sí—dijo mendigando con los ojos un apoyo más enérgico, un socorro más rápido;—pero mientras tanto, mi pobre madre sufre y llora... Me cree olvidadiza, ingrata, indiferente...

—Vamos á escribirla.

—Bueno—dijo con alegría.

Tan solo unas líneas para decirla que sientes muchísimo lo ocurrido y que no sabes más que una cosa...

—Que soy su hija y que la amo.

—Eso es. Ese es además tu deber.

—¡Oh! deber sencillísimo de cumplir—exclamó.—¡Si la conocieseis!

—La conozco.

—¿La habeis visto?

—Sí.

Contó á la joven lo ocurrido en París, la desesperada mirada que la condesa había dirigido á la casa, de la cual su hija acababa de salir y la revelación que había tenido de repente al notar el parecido tan sorprendente de la madre y de la hija.

—¡Es tu retrato, Juana... tu vivo retrato!

—¿Y quién llevará la carta?—preguntó Juana.

—¿Para qué llegue cuanto antes?

—Sí...

—Yo, si quieres.

—Os prestaré á *Zim*... Llegaréis en un momento.

—Convenido.

—Y diréis á mi madre, que no he ido yo misma porque no me atrevo; pero que pienso en ella sin cesar.

—Sí.

—Y añadiréis.

—Sí, añadiré: tened un poco paciencia... Juana me honra con su confianza... Me mandó llamar y en seguida acudí á su lado... Quiero arreglar este asunto y lo arreglaré... Porque es imposible que sean cuales fueren los yerros de una esposa para con su marido, una madre no tenga el derecho de ver á su hija y una joven de veinte años no pueda ver á su madre... Respecto al padre, sucede lo mismo... Encontraremos indudablemente un medio de conciliarlo todo y creo que no nos ha de costar gran trabajo.

—¡Oh! ¡barón! haced eso y en cambio yo...

¿Qué iba á decir?

El barón Panel, en cuyo brazo la joven seguía apoyándose, se inclinó sobre la cabeza de su discípula y se volvió hacia otro lado, no pudiendo soportar la mirada de aquellos negros ojazos que le miraban con una fijeza extraordinaria.

Juana terminó su pensamiento de este modo:

—Y os profesaré un agradecimiento mayor.

Su voz habia perdido de repente la emoción que la hacía vibrar tan apasionadamente algunos segundos antes.

Su alegre carácter triunfaba.

Estaba contenta.

¿No la había consolado el barón Panel?

¿No la había indicado cual era el camino que habia que seguir?

¿No la habia prometido allanar todas las dificultades?

Ahora bien, lo que él se proponia, lo lograba.

El barón dejóse llevar por la joven hacia el castillo.

—Voy á escribir la carta—prosiguió Juana Ya vereis qué pronto acabo.

—Bueno.

Son las cuatro, hasta las siete no se come, de modo que tendréis tiempo sobrado para ir á Busey...

—¡Ya lo creo!...

—Podéis dar una buena carena á *Zim*; no ha de quejarse. ¿Supongo que no os perderéis?

—Tal creo.

—No hay más que bosque y más bosque... Además, *Zim* conoce el camino... Ya fuí con él...

Estaba contentísima por la alegría que iba á proporcionar á su madre.

Cuando llegaron al último árbol del bosquecillo, se sonrió y dijo de nuevo á Panel:

—Sí, os profesaré un agradecimiento aun mayor, os lo aseguro.

Y se dirigieron hacia la entrada del castillo.

Llegaron al mismo tiempo que el anciano leñador.

Este se volvió hacia la joven y la preguntó:

—¿Sois vos la señorita Redon?

—Sí, amigo mío.

—Traigo una carta para vos.

—¿Quién os la ha dado?

—La señora condesa de Busey, traigo otra para el señor Redon.

—¡Ah!—exclamó el baron que se puso densamente pálido.

—El leñador preguntó señalando al castillo.

—¿Está en casa el señor Redon?

—Sí.

El leñador prosiguió su camino.

La joven rasgó en seguida el sobre y recorrió el contenido ávidamente.

Saltó algunos párrafos para llegar antes al final.

En seguida retrocedió diciendo al barón.

—¡Venid, venid!

Tan deprisa corria que Panel apenas podia seguirla.

—Que es lo que ocurre.

La joven al mismo tiempo que corria decia:

—¡Venid, en nombre del cielo!

Llegaba ya á la base de la Roca cuando de repente se paró como herida por el rayo

En la plataforma y por encima de sus cabezas, acababa de sonar una detonación á la cual siguió en seguida una segunda.

—¡Ya es tarde!—murmuró el baron, que lo habia adivinado todo.

Juana, que en un principio se habia quedado aterrada, emprendió de nuevo la carrera, y en muy pocos minutos llegó al lugar donde la condesa se habia parado.

Allí la esperaba un espectáculo terrible.

Lívida, tendida sobre la piedra, su madre yacía sin vida, con los cabellos esparcidos por la frente, de un color de mármol blanco.

Estrechaba aún convulsivamente entre sus dedos las pistolas que habia cogido en el despacho de su marido.

De estas armas se habia servido para darse la muerte.

El baron Panel y Juana cayeron de rodillas á su lado.

El baron acercó su oído al pecho de la desesperada, mientras que la joven estrechaba las manos de su madre entre las suyas, cubriendo su frente y sus labios de besos, llamándola mil nombres cariñosos, al mismo tiempo que exhalaba quejas exaltadas y l cas.

El corazon no habia dejado de latir por completo, y la sangre brotaba del pecho por dos grandes heridas hechas en el costado izquierdo. Brotaba de ellas un arroyo de púrpura de precioso color que, saliendo por debajo del corsé, manchaba el musgo de la célebre Roca Sangrienta.

Una punzante emocion oprimió el pecho del barón Panel.

La venganza del hombre que habia sido su amigo tantos años, habia conducido á aquella desgraciada á tan terrible fin.

¿Qué pasión habia podido empujarle á tan terrible ferocidad?

El dolor de la joven á la cual queria con tanta ternura, era verdaderamente horroroso.

De repente vió á la herida, que al sentir los abrazos de su hija abrió los ojos: las caricias de

Juana habian tenido el poder de devolverle la vida por unos instantes.

El barón vió abrirse los ojos de la madre y fijarse en los de su hija, al mismo tiempo que sus labios se unían en un beso.

Oyó á Juana decir muy bajito al oido de la condesa:

—¡Aquí estoy, madre querida! ¡Te amo! ¡Te defenderé! ¡No, no morirás... no quiero!...

En aquel momento se oyó el ruido que producia un carruaje al rodar por los malos caminos del bosque.

En el silencio del bosque el barón oia los gritos del cochero animando á los caballos, que corrian al galope, y la voz de una mujer que decía:

—¡Más, más deprisa aun!

Eran criados de la condesa que venian del castillo y que creian encontrarla aún viva.

Luisa habia reflexionado después de la salida de su ama.

La tranquilidad de Teresa la habia extrañado.

Hacía mucho tiempo que no la habia visto un rostro tan sereno.

Entró en sus habitaciones y lo registró todo de una ojeada.

El desórden de los armarios la llamó la atencion.

Su ama no los abria nunca.

Recogió de la alfombra fragmentos de papel y sobre una mesita un sobre con esta inscripcion:

Para el señor Bochene, notario.

Se notaba un fuerte olor á lacre quemado, y la condesa no había dado ninguna carta para nadie.

Además la había chocado el que la condesa diese el encargo de que la fuesen á buscar con un coche, bajo el pretexto de que su padre, el capitán Tonelie, iba á volver con ella.

El anciano no había querido nunca ir al castillo, y á su regreso de París había dicho con acritud que tardaría bastante tiempo en verla.

La fiel nivernesa, completamente asustada, había adelantado la hora sin duda por su ama, y se dirigia á Sonvilly por el camino más corto, pasando por la base de aquella roca, que la inspiraba en aquel momento crítico un secreto terror.

Cuando llegó al pie de la colina el coche se detuvo.

El cochero acababa de ver sobre la arena las huellas recientes de un caballo.

Al mismo tiempo oyó el relincho del animal y una voz aguda que decía:

—¡Socorro!

La doncella subió corriendo la cuesta.

Casi en la mitad del camino se encontró con un hombre que subía la pendiente en la misma dirección que ella.

Era Juan Redon.

Con la cabeza descubierta, con descompuestos rasgos, con los ojos inyectados de sangre, el cabello en desorden, acudia también al llamamiento.

Habia recibido la carta de la mujer que habia llevado su nombre; habia leido las cortas líneas en las cuales le anunciaba su resolución, dirigiéndole palabras de perdón, y llegaba con la marcha de un hombre ebrio ó mortalmente herido, ó del asesino que huye después de haber llevado á cabo su crimen.

Poco después se hallaron en el lugar siniestro.

Juan Redon se apoyó en el tronco de un árbol y permaneció triste y silencioso.

La doncella se precipitó de rodillas al lado de su ama, y unió sus súplicas á las de la joven:

—Señora... soy yo... Os ruego que...

Una sombra de vida pareció animar aquel rostro; se sonreía dolorosamente.

Vió con sus ojos medio apagados al desgraciado cuya existencia habia envenenado y cuyo amor, los resentimientos y el orgullo habian hecho un verdadero asesino.

Sin duda, pero en sus rasgos no se dibujó la cólera.

Hizo un imperceptible movimiento con la mano; Juan se precipitó á su lado, cayendo de rodillas y cogiendo la mano que le tendía Teresa, se la besó.

En seguida la degraciada cayó en un desfallecimiento, muy parecido á la agonía.

—¡Un médico!—dijo el baron Panel.

La nivernesa bajaba ya la cuesta con toda la velocidad que la permitian sus piernas; pero antes de que hubiese tenido tiempo de llegar adonde se hallaba el carruaje, Juan Redon, acordándose del caballo al cual habia visto al pasar, se dirigió á él, le desató, le quitó la silla de señora y de un salto se montó en él, dirigiéndose á galope tendido hacia Milly.

El baron Panel, ayudado por los criados que de la Sobajere habian acudido, formó con unas ramas unas angarillas, y poco después un lúgubre cortejo se dirigia hacia el castillo.

Iban á llegar, cuando la enferma tuvo un momento de lucidez.

Extendió trabajosamente la mano hacia aquella casa, donde no quería morir, y murmuró con una especie de terror:

—¡Ahí no! ¡A casa de mi padre!

El convoy continuó la marcha.

A las cinco Teresa descansaba con los ojos cerrados en su modesta habitacion de soltera, sobre su blanco lecho, en medio de muebles muy sencillos, y que por una especie de culto del pasado el anciano capitán conservaba como estaban cuando tenía á su lado á aquella niña encantadora, que era su orgullo y su alegría.

Juana hallábase de rodillas y llorando á la cabecera de la cama de su madre.

El barón Panel, inclinado sobre ella, la decía cariñosamente:

—¡Valor!

El anciano capitán, desesperado, atontado, estaba acurrucado en un rincón, retorciéndose el blanquísimo bigote de una manera inconsciente.

La cabeza de la enferma, inmóvil y pálida, bajo la aureola de sus negros cabellos, habia tomado una expresión de reposo y casi de alegría.

De cuando en cuando, Juana, que tenia una de sus manos entre las suyas, se extremecía al sentir una suave presión, que parecía decirla:

—¿Estás ahí? ¡Soy feliz!

El día iba decayendo, y la nivernesa, que se hallaba fuera de la casa escuchando los menores ruidos, se decía con impaciencia, pensando en el médico:

—¿Vendrá?

XX

Rabia de amor.

El doctor llegó.

Poco después de reconocer á la herida, habia movido la cabeza y murmuró en voz baja palabras que no indicaban nada bueno.

A la primera mirada debió formarse un juicio.

Después de un examen más atento, declaró:

—Puede expirar de un momento á otro.

El doctor Rebul era un médico de campo, un sabio, un práctico, experto y modesto.

Los colegas que se le parece no abundan.

Llamó aparte al barón Panel y al caduco capitán Toneliel, y les dijo:

—No podemos hacer más que dulcificar sus últimos momentos. Sin embargo, no hay que perder la esperanza, porque la naturaleza hace á veces milagros.

Podía verse, sin embargo, que no tenía ninguna esperanza.

Gracias á sus esfuerzos, el pecho de la enferma fué descargándose poco á poco. La respiración se hizo más fácil: la vida volvió á tomar, por decirlo así, su curso, y á pesar de la debilidad que sentía, la enferma pareció reco-

brar toda su inteligencia, y fué evidente que sus sufrimientos fueron casi nulos.

El pobre capitán comprendía al fin, hasta que punto la desesperación de su pobre hija, había debido ser punzante, puesto que la había inspirado una resolución tan funesta.

Hasta entonces había creido que la fortuna, la vanidad satisfecha, los triunfos de una vida como la suya, eran para ella una compensación á las heridas que tenía en el corazón.

Acababa de darle las pruebas de lo contrario. ¡Y qué pruebas!

Todo el ardor de la ternura que en otros tiempos sentia por aquella hija, á la cual había adorado, se animó con una fuerza nueva.

Toda su cólera, toda su indignación se dirigían en aquel momento contra el hombre que se había constituido en el verdugo de Teresa.

Sin embargo, la dolorosa desesperación de Juan Redon, causaba lástima.

Apoyado en la pared, y sin levantar los ojos del suelo, no se atrevía á acercarse á su víctima, ni á sostener la mirada de su hija ni de su amigo el baron Panel.

Con los labios apretados y la frente surcada de arrugas, había escuchado la sentencia del doctor Rebul, de su amigo de la infancia, cuyas miradas decían mucho más que sus palabras.

Aquello había terminado.

Teresa no había representado como otras muchas mujeres, la comedia del suicidio; había querido matarse y lo había logrado.

Las dos balas casi la habían tocado al corazón.

Era un milagro que aquella vida no se hubiese escapado ya, queriendo sin duda dar un consuelo á aquella madre desesperada.

La noche trascurrió y toda ella en un silencio completo, no oyéndose más que el acompasado ruido de un reloj, que en otros tiempos había señalado las horas de alegría de la moribunda.

A los primeros albores de la aurora, cuando la claridad sonrosada de un día naciente sustituyó á la de una lámpara que apenas disipaba la oscuridad, la condesa vió en la sombra al hombre que tanto la había hecho sufrir y que tanto habia sufrido por ella, y reuniendo las fuerzas que la quedaban, murmuró al oido de su hija:

—Díle que venga á hablarme.

Juan Redon oyó estas palabras, que habían sido dichas muy bajito, y se acercó tambaleándose.

La moribunda añadió:

—Quiero que nos dejen solos unos momentos.

Y entonces, encorvado sobre ella, Juan Redon miró con brillantes y húmedos ojos aquel rostro que tanto le habia fascinado.

Aquella mirada que los dos cambiaron, logró descargarle el alma.

Los tiernos ojos de Teresa le enternecieron.

Experimentó ante ellos aquella debilidad que en otros tiempos le habia obligado á huír de Francia al otro lado del Oceano.

Cayó de rodillas á la cabecera de su víctima cogió una de sus manos y sollozando la devoró á besos, al mismo tiempo que decía:

—¡Perdón!

Teresa le contestó:

—Ya os he perdonado, amigo mío; demasiado comprendo que seguís amándome.

Juan se levantó bruscamente.

—¡Oh! sí, te amo—prosiguió,—mi vida no ha sido más que un prolongado, un intolerable suplicio, un combate desigual entre este amor, del cual no podía despojarme, y mi orgullo de antemano vencido. ¡Sí, sí, te amo! No te puedes figurar hasta qué punto. En estos momentos daría toda mi sangre por dar vida á una existencia que se apaga, y sin embargo experimento una alegría loca, que me dice:—Puesto que no puede ser mia, no será tampoco de otro... ¡Que si te amo! ¡Muchísimo, Teresa!

Tuvo que callarse, porque la emoción le ahogaba.

De sus ojos brotaron abundantes lágrimas.

—Sin tí me es imposible vivir, y cuando hayas dejado de vivir, expiaré mi crueldad con un suplicio menos penoso que los que vengo sufriendo desde hace tantos años. Escucha. He comprendido perfectamente cuál es el obstáculo que habia entre nosotros. Es el amor que has tenido á otro, cuyos consejos has seguido. Si hubiese escuchado los consejos del hombre superior que te ha consolado en vida, que te ha sostenido y dirigido, nuestra existencia no tendria un fin tan terrible. Le encontré un dia en los bosques de Chantilly. Iba á casa de Rufin, á encargarle de tu desgraciada Raimunda... Teresa, no he tenido lástima de tí. Pero te aseguro de nuevo que no he querido hacer ningún daño á la niña. Te lo juro

por la cabeza de la otra, por Juana; te juro que hubiese hecho por ella lo que he hecho por la mia. Esta era mi voluntad. Podia vengarme con la mujer y con la madre. Una sonrisa de la niña me desarmaba. El señor de Busey me acompañó unos momentos por el bosque y me indicó cuál era el camino que debía seguir. Por algunas palabras que debieron escapárseme, debió comprender cuáles eran los sentimientos que me agitaban. Adivinó en mi á uno de sus compatriotas de la Nievre y supo que yo conocia la historia de la trágica noche del castillo de Busey. Al mismo tiempo que me escuchaba, pronunció estas palabras, estrechándome cariñosamente la mano:

—¡Perdonad!

Juan Redon hizo un movimiento de desesperación, y murmuró:

—¡Oh! ¡Por qué no lo habré hecho!

Y exaltándose, añadió:

—Hubiese llevado la vida que habia soñado... Hubiese vivido aislado... Hubiese olvidado los pocos años que habia vivido en esa sima de corrupción que se llama París, el que nos incita con su lujo, con sus orgías y con sus horrores de miseria y de esclavitud... Hubiese criado mi familia á la sombra de los bosques, en medio de los prados, en medio de la abundancia del campo... Hubiera tratado de creer que la odiosa revelación era una mentira, y hubiera vuelto á encontrar el reposo al lado de la única mujer, á la cual he amado y sin cuya presencia no podía vivir... ¡Qué miserable fin!... ¡He atormentado á lo que más quería, y

el verdadero suplicio, el implacable tormento han sido para mí... ¡Qué demencia!...

Sintió en su mano una débil presion y oyó una voz muy débil que le decia:

—No... nuestra dicha era imposible... por culpa mia... No hubieses podido olvidar... No se puede reparar lo irreparable...

Los ojos de Teresa se cerraron, y Juan Redon muy asustado, exclamó:

—Doctor, ¿se muere?

El médico contestó:

—Aun no... Aun no ha llegado el final.

—¿Qué la pasa?

—¡Que duerme!

En efecto, así era; reposaba, pero con un reposo parecido á la agonía y que se parecia mucho á la muerte.

Trascurrieron las horas.

Juana no se separó de su madre.

El caduco capitán Tonelie, muy encorvado, estaba sentado en un sillon.

Juan Redon habia vuelto á recobrar su actitud sombría y feroz.

Dieron las doce.

En aquel momento se oyó un ruido de coches y caballos en la carretera que pasa por delante de la casa del capitán.

Una victoria se paró en la cerca.

Tres hombres y una jover se apearon.

En el pescante, al lado del cochero, iba sentado un criado.

Era Rubol.

Juan Redon, que estaba al lado de una ventana, se extremeció de repente.

Entre los tres hombres que se habian bajado

del carruaje, habia uno al cual no habia visto nunca y cuya voz había oido una sola vez en la casa de la calle de Bac, hacia ya muchos años.

¿Cómo se explica que le conociese en seguida?

¿Sería porque iba acompañado por Rubol?

Quizás.

¿No seria más bien por ese instinto que en todas partes nos da á conocer á primera vista al enemigo mortal, al cual perseguimos con nuestro ódio?

Aquel hombre no podia ser, á los ojos de Juan Redon, más que el marqués Raimundo de Bordes.

No lo dudó un momento.

¿Que iba á hacer allí?

¿Quién era aquella joven rubia, vestida modestamente de negro y sin embargo elegante, que con él venía y que parecía presa de un vivísimo dolor?

De sus dos compañeros, el de más edad aparentaba tener unos cincuenta años.

Llevaba en el ojal la roseta de la Legión de Honor, y su aspecto era el de un sabio.

El otro era más joven; llevaba también una condecoracion, y por su aspecto militar no necesitamos decir quién era.

Era nuestro amigo Pedro de Kerdaniel.

Habian llegado en un tren especial, obtenido difícilmente, y un coche de Busey habia ido á buscarles á la estacion.

El doctor Rebul fué el único que no demostró ninguna sorpresa.

Le habian avisado por un telegrama.

—Vuestro colega el doctor Rechar—dijo el marqués, presentando el célebre cirujano al médico de Milly.

—¿No se puede hacer nada?—preguntó el ilustre médico.

—¡Ay, maestro!—dijo el doctor Rebul.—Así lo temo; pero me alegro infinito que hayáis venido.

Miró á la joven con interés y dijo:

—¡Qué desgracia!... ¡Si hubiese llegado unas horas antes, hubiese salvado á su madre!

—¡Dios no ha querido!—dijo el marqués con voz alterada por la emocion.

El capitán Tonelie llegó en aquel momento, y arrastrando los pies se dirigió hacia el grupo que formaban aquellos personajes, á los cuales no esperaba.

El doctor Rebul le detuvo y le dijo:

—Vuestra hija ha querido ver en sus últimos momentos al señor marqués de Bordes.

El oficial se inclinó, pero guardó silencio.

El doctor prosiguió:

—El marqués viene acompañado de un cirujano de reputacion universal y de ciencia incontestable... Y además viene con él una joven cuya pérdida ha sido la causa de la desesperación de la condesa...

—¡Raimunda!—exclamó el anciano.

—¡En persona!

—¿Pero es posible?

—Una casualidad, que por desgracia ha ocurrido demasiado tarde, ha permitido á los que la buscaban desde hacía mucho tiempo encontrarla ayer mismo, cuando el fatal proyecto de la señora de Busey estaba puesto en ejecucion. Si sucumbe, tendrá por lo menos el consuelo de hacerlo al lado de sus hijas.

Cuando Susana y el marqués de Bordes entraron en la alcoba de la moribunda, Juan Redon habia desaparecido.

El doctor Rechar confirmó con muy pocas palabras los temores de su colega.

—¡Está perdida!—declaró después de un examen que duró varios momentos.

Y añadió en voz baja:

—El final está próximo.

Pudo devolver algunas fuerzas á la enferma cuya agonía habia empezado á iniciarse.

La infeliz abrió los ojos y miró á su alrededor.

Vió al marqués de Bordes, que la dijo:

—¡Veis!... ¡He venido!... ¿Qué habéis hecho?...

—¡Me era imposible vivir!

—¡Porque habeis creido que Raimunda habia muerto!

—¡Ay!

—¿Os lo han anunciado?

—Sí.

—¡Os han engañado!

—¿Vive?—dijo la moribunda tratando de incorporarse, galvanizada por aquella esperanza.

—Sí.

—¿La habeis encontrado?

—Ayer mismo.

—¿Dónde estaba?

—Muy cerca de nosotros, en París.

—¿Y en este momento?...

—A vuestro lado.

—¡Raimunda!

—¡Madre mía!

—¡Es tal y como la veia en sueños! -murmuró la moribunda.

Juntó las manos de las dos hermanas y ella las estrechó con las suyas.

Casi en seguida expiró diciéndolas:

—¡Amaos, quereos mucho en recuerdo mío!

Su muerte fué muy dulce.

Pudo saber que su hija, tan sentida, estaría en el porvenir rodeada de cariño y de afecto.

Se marchó al otro mundo llevando consigo la visión de aquellos dos seres para ella tan queridos; dichosa por verlas al fin reunidas y que derramaban lágrimas á torrentes.

Oyó la voz amiga del marqués de Bordes, que en muy pocas palabras le explicó la historia de Raimunda. La prometió que en el porvenir le serviria de padre y de protector.

Vió á Juana llevar á su cabecera al barón Panel y caer de rodillas al lado del barón de Kerdaniel, y les oyó rezar á todos por ella.

El único que no estaba era Juan Redon.

Daba vueltas por las cercanias de la casa, en un estado muy parecido á la locura, desesperado.

Cuando Teresa hubo exhalado el último suspiro, y cerrado los ojos para no volverlos á abrir, fué advertido del fin de la que acababa de perder por los sollozos de las dos jóvenes.

El doctor Rebul bajó y le vió apoyado en uno de los pilarotes de la empalizada.

—¿Se acabó?—preguntó el desgraciado.

—Sí.

—¡Ha muerto!

—Sin sufrimiento, y casi feliz.

El doctor añadió:

—Nada tienes que hacer aquí.

—Te equivocas.

—Ven conmigo.

—No.

—¿Vas á quedarte?

—Unos momentos...

—¿Para volverla á ver?...

Juan Redon movió la cabeza.

Sus extraviados ojos despedían chispas de sus pupilas, parecía brotar un odio mortal.

—¡Vamos, ven!—repitió su amigo con más fuerza.

—No puedo.

En el momento en que el doctor, asustado, trataba de llevárselo, el marqués de Bordes salió acompañado del barón Panel y del teniente Kerdaniel, Juan Redon le salió al encuentro.

—¡Oidme dos palabras!

El marqués, con gran compasión y sin cólera, esperó.

—Por fin, os encuentro,—dijo Juan Redon.

—No me he escondido nunca.

—Tenemos que arreglar unas cuentas.

—Estoy á vuestra disposición.

—Os odio; he atormetado á Teresa injustamente, cuando á quien debia haber matado era á vos.

—El momento...

—¡Qué importa el plazo! Vuestro amigo de Busey se batió dos horas después del ultraje; y yo he esperado cerca de veinte años... ¿Por que habéis venido aquí? No os he buscado... Os encuentro... Tanto peor... Os digo que os odio...

Hizo el ademán de levantar la mano.

—Es inútil, caballero,—dijo friamente el marqués.—¿No acabais de oir que estoy á vuestra disposición?

—¿A qué hora?

—La que querais.

—¿Qué armas?

—Las que escojais.

—¿Sitio?

—Cualquiera...

—El mismo donde vuestra querida se ha suicidado—dijo Juan Redon, riéndose como un loco.

—Sea.

—¿Testigos?...

—Estos señores los buscarán.

—Esta bien.

—Dentro de una hora estaré allí.

Juan Redon señaló á la roca siniestra que les dominaba.

El capitán Tonelie apareció en el dintel de la puerta de su casa.

El marqués le vió, y con una mirada impuso silencio á su adversario, que se alejó después de haber dicho á su socio el baron Panel:

—Os encargo todo.

—¡Juan!...—suplicó el baron.

—¡No!... Odio á muerte á ese hombre. Uno de los dos está demás!... ¡Quiero un duelo á muerte!

Y repitió con sorda voz á dos pasos del baron:

—¡A muerte!

La escena que acabamos de narrar habia tenido lugar en muy pocos segundos.

Juana y Raimunda rezaban al lado del lecho de su madre.

La muerte habia impreso su majestad en aquel precioso rostro, que nadie habia podido mirar sin quedar prendado de su hermosura.

Nunca habia sido tan hermosa como en aquel instante solemne.

Algunos momentos después un hombre con el traje en desorden y el rostro convulso por el sufrimiento, penetró en la alcoba.

Se detuvo delante de aquel cadáver de tranquilos rasgos, que parecian tallados en el mármol más puro.

Se fijó en aquel rostro con gran insistencia, como si quisiera guardar el recuerdo para siempre.

En seguida cogió una de las manos de la muerta y se la llevó á los labios.

Un frio glacial le hizo estremecer.

Soltó el brazo, que volvió á caer rígido á lo largo del cuerpo, y volviéndose hacia las dos jóvenes, que le miraban con ojos llenos de lágrimas, las unió en un abrazo, repitiéndolas las palabras que habian brotado de los labios de su madre:

—¡Amaos!

Y en seguida se marchó.

Las jóvenes oyeron su último adiós, y poco después el ruido de la puerta de la empalizada que se cerraba tras de él.